

Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancízar y su época (1811–1882); biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia – Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín – Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004, 555 p.

El profesor Gilberto Loaiza Cano ha dedicado buena parte de su carrera al estudio del siglo XIX en Colombia desde la perspectiva de los intelectuales, la cultura política y las sociabilidades modernas. Resultado de este interés lo constituye un buen número de artículos publicados en importantes revistas nacionales de historia, junto a un libro dedicado a la vida del intelectual colombiano Luis Tejada¹ al que se suma su más reciente publicación, una biografía sobre el también intelectual y político Manuel Ancízar.

El propósito de Loaiza en este último libro va mucho más allá de la simple reconstrucción de una vida. Se trata,

fundamentalmente, de abordar a través del estudio de su biografía todo un conjunto de problemas políticos, sociales y culturales asociados al proceso de formación de una élite de intelectuales liberales que desempeñó un papel crucial en el desarrollo temprano de las repúblicas hispanoamericanas. Así pues, esta obra involucra una pregunta por la trayectoria de un individuo, pero también una serie de interrogantes sobre el surgimiento de las ideas liberales en Hispanoamérica, la configuración de las élites como agentes constructores de una sociedad nacional, y la función de los distintos espacios de intermediación política en la creación de un sentido moderno de nación. Al hacer de estas cuestiones problemas centrales de su libro, el análisis del autor recoge toda una tradición de estudios que han tenido como centro de interés los procesos de formación republicana tanto en Co-

¹ Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Colcultura, 1994.

lombia como en otras partes de la América hispánica.

Frente a esta tradición, el estudio de Loaiza constituye un diálogo con los enfoques de Antonio Gramsci, Francois Furet y Maurice Agulhon sobre el papel de las distintas formas de sociabilidad en la construcción de la nación moderna, con los trabajos de Francois–Xavier Guerra, David Bushnell y John Lynch a propósito de los procesos de formación de las naciones hispanoamericanas y, para el caso colombiano, con los estudios de Jaime Jaramillo Uribe, Gerardo Molina y Frank Safford sobre historia de las ideas, los de Germán Colmenares, Helen Delpar y Fernán González sobre historia de los partidos políticos, y los de Américo Carnicelli, Francisco Gutiérrez, Diana Obregón y Alonso Valencia sobre las sociedades políticas y científicas. Estas obras no sólo ofrecen al autor los referentes historiográficos y analíticos necesarios para el abordaje de sus problemas: también le permiten delinear puntos de debate de la naturaleza del que establece con Jaime Jaramillo en relación con la formación intelectual de Manuel Ancízar.

La idea central que articula y da forma al libro sostiene, en una reflexión tanto analítica como metodológica, que la reconstrucción de la trayectoria política e intelectual de Manuel Ancízar permite dilucidar cómo la élite liberal hispanoamericana del siglo XIX asumió una función pionera en la construcción de un mundo moderno y laico. En este sentido, el seguimiento de los avatares de Ancízar permite a Loaiza ilustrar el

surgimiento de esta clase dirigente, recoger los principales atributos que la caracterizaron, e identificar un conjunto de circunstancias comunes que, como consigue mostrar en su estudio, tuvo una importancia decisiva en la suerte de sus proyectos.

El planteamiento que sirve de hilo conductor al libro se formula, precisamente, en referencia a estas circunstancias, y afirma que en muchas partes de Hispanoamérica, incluyendo a Colombia, las élites liberales decimonónicas tuvieron muy poco éxito en su propósito de consolidar un modelo de nación moderna. A través de argumentos relativamente análogos a los presentados por Fernán González en sus estudios sobre los partidos políticos y la construcción de la nación en el siglo XIX colombiano,² el autor muestra cómo la inestable situación económica, política y social de estos países obstaculizó seriamente la puesta en marcha de un proyecto modernizador, que se hizo aún más difícil en contextos como el colombiano, donde las élites fueron incapaces de construir un sentido de nación por encima de sus diferencias y donde ni siquiera la misma élite liberal tuvo un consenso claro sobre las orientaciones que debían imprimírsele al país para encaminarlo por la vía de la modernidad.

² Véanse, por ejemplo, sus dos tomos de *Para leer la política* (Bogotá, CINEP, 1997), o su más reciente libro *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado Nación en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, 2006.

El análisis de Loaiza se desarrolla alrededor de dos grandes ejes: por un lado, el proceso de formación de la élite liberal de la Hispanoamérica decimonónica; por otro, el papel desempeñado por las formas modernas de sociabilidad en la transmisión e institucionalización de los principios de la modernidad. Apoyado en los trabajos de Francois–Xavier Guerra, el autor concibe el advenimiento de esta nueva élite como consecuencia de las revoluciones hispanoamericanas, que propiciaron el relevo de la “antigua aristocracia del privilegio” por una clase dirigente en ascenso que reclamaba para sí un ejercicio del poder político soportado en los atributos de la razón, la justicia y la adquisición de méritos distintivos, aspiración derivada de aquel eclecticismo francés en el que estas nuevas élites se apoyaron para legitimar su condición de soberanía, representatividad y dominio social. Una vez en el poder, esta “aristocracia meritocrática” conformó un cuerpo de políticos civiles que llegó a constituir, al lado de los tradicionales políticos militares, la principal clase política de la Hispanoamérica del siglo XIX.

Esta nueva clase dirigente, de acuerdo con Loaiza, se caracterizó por reunir tres condiciones que intervinieron decisivamente en la formación de su personalidad. En primer lugar, una autoconciencia de su papel pionero en el desarrollo de tareas orientadas al establecimiento de una institucionalidad política y cultural así como a la constitución de un sentido moderno de nación. En segundo lugar, un desempeño de sus

miembros en una amplia gama de funciones que les exigía hacer simultáneamente, a falta de élites especializadas y aparatos burocráticos definidos, las veces de periodistas, profesores, abogados y políticos. En tercer lugar, y finalmente, un arraigado cosmopolitismo que, en palabras del autor, hacía que muchos de sus integrantes se sintieran americanos antes que granadinos o venezolanos, resultado de la existencia de vínculos y solidaridades que operaban allende las fronteras como derivación de la estructura internacional de organizaciones como la masonería y las sociabilidades científicas y artísticas.

Nuevamente con la mirada fija en Francois–Xavier Guerra, y con algunas referencias adicionales a los trabajos de Furet, Agulhon y Gramsci, Loaiza aborda la proliferación de sociabilidades modernas definiéndolas como uno de los procesos más importantes de la vida política y social del siglo XIX hispanoamericano. Estas formas de asociación son presentadas por el autor como aquellos espacios que hicieron posible la transferencia del legado revolucionario francés a las nacientes repúblicas de Hispanoamérica y, con éste, de las prácticas, los discursos y los imaginarios de la modernidad. En Colombia, este tipo de sociabilidades experimentó un significativo auge durante la segunda mitad del siglo, cuando se organizó, por iniciativa de las élites tanto liberales como conservadoras, un amplio conjunto de sociedades democráticas y populares, clubes políticos y sociedades científicas y artísticas. Tales asociaciones, como

lo muestra Loaiza durante su examen del régimen radical, cumplieron durante mucho tiempo, a falta de vínculos directos entre uno y otro sector, las veces de espacios de acercamiento entre las clases dominantes y el resto de la sociedad. Así, el autor lleva estas formas de asociación —que califica de pre y para partidistas— al mismo nivel de los partidos políticos como instancias intermedias entre los distintos niveles de la sociedad colombiana de la época. Esto trae como resultado una expansión, ciertamente positiva para la historiografía nacional, del espectro de problemas asociados al tema de la intermediación política en el siglo XIX colombiano, dimensión que ha sido ampliamente trabajada por Fernán González en sus más recientes estudios.

Entre las distintas sociabilidades modernas que durante el período se extendieron por Hispanoamérica, Loaiza percibe la masonería como la más importante e influyente de todas. Espacio por excelencia de formación y organización de las élites liberales, esta sociabilidad es revelada como matriz de una gran cantidad de formas de asociación entre las que se cuentan partidos políticos, sociedades económicas, científicas y artísticas, clubes literarios y hasta colegios privados y universidades. A lo largo del libro, y en correspondencia con este juicio, el autor intenta mostrar cómo las logias masónicas y sus organizaciones subsidiarias jugaron, a través de la promoción de medidas secularizantes, educadoras y formadoras de ciudadanía, un papel fundamental en las refor-

mas liberales de la segunda mitad del siglo XIX colombiano. Bajo esta perspectiva, la figura de Manuel Ancizar recoge todos los esfuerzos de la élite liberal del siglo XIX hispanoamericano por contribuir a la modernización de sus repúblicas desde este importante espacio que, para el autor, ha sido injustamente subestimado en la historiografía.

Estos ejes se despliegan de manera interconexa a lo largo de los doce capítulos que componen el libro, dedicados a ilustrar en su contexto los distintos momentos y facetas por las que discurre la trayectoria política e intelectual de Manuel Ancizar. Dichos capítulos pueden reunirse en tres grandes conjuntos: uno sobre la formación intelectual del joven Ancizar, que comprende los primeros cuatro apartados; otro referido al devenir de su carrera de político, científico y periodista durante las décadas de 1840 y 1850, que abarca los cinco capítulos siguientes, y uno más donde se recoge su vida como político y educador entre los años de 1860 y 1880, que incluye los tres últimos capítulos y el epílogo.

De manera global, cada conjunto de capítulos remite a una serie de problemas generales que atañen tanto a la historiografía colombiana como a la hispanoamericana. Las primeras secciones, por ejemplo, reconstruyen el debate librado en varias partes de Hispanoamérica entre los intelectuales liberales a propósito de las diversas tendencias de la filosofía francesa. Análogamente, los capítulos intermedios ofrecen una mirada a los procesos de formación de

algunas repúblicas suramericanas, vistos en función del grado en que las élites de cada país lograron imponer una hegemonía estable. Los apartados finales, por su parte, involucran una reflexión en torno al tema de la incapacidad de dichas élites para contribuir, a través de proyectos educativos, a la unidad nacional en sus respectivas repúblicas. El abordaje de estos problemas no sólo permite a Loaiza situar la trayectoria política e intelectual de Manuel Ancízar en un marco de circunstancias, debates y procesos comunes a los demás políticos civiles hispanoamericanos de tendencia liberal; también le proporciona un medio para hacer frente a una de las tantas lagunas que, a su juicio, afectan a la historiografía sobre América Latina: la ausencia de estudios comparados sobre la formación de las élites y las culturas políticas, de un lado, y sobre los modos y grados de adaptación de un liberalismo “genérico” a las distintas circunstancias nacionales, de otro.

En sus aspectos propiamente biográficos, las primeras cuatro secciones brindan una mirada a la vida del joven intelectual que va desde su niñez hasta sus últimos días como político al servicio del gobierno venezolano, al tiempo que ofrecen un recorrido por la historia de Colombia y de Hispanoamérica que parte de los últimos años del régimen colonial, pasa por los movimientos independentistas de 1810 y termina en las primeras décadas de vida republicana de las recién formadas naciones. En este contexto, que tiene como cuestión de fondo la necesidad de los nacientes

gobiernos de hacerse a un cuerpo de dirigentes de espíritu republicano, modernizante y civilizador, Loaiza indaga por la vida del joven Ancízar alrededor de aspectos como su vida de exiliado en Cuba, su acercamiento a los intelectuales liberales cubanos, a la masonería y al eclecticismo francés, su partida hacia Venezuela y posterior vinculación con su élite liberal, y sus primeros pasos como promotor de proyectos culturales y formas modernas de asociación.

Los cinco capítulos siguientes abordan la vida de Manuel Ancízar desde su regreso a la Nueva Granada, a mediados de la década de 1840, hasta el final de su periplo diplomático por Suramérica hacia 1855. Aquí, Loaiza reconstruye a grandes rasgos el lento y problemático proceso de constitución de un régimen republicano en una nación profundamente fragmentada y plagada de dificultades para insertarse en la modernidad: su examen parte de los esfuerzos modernizantes adelantados por Tomás Cipriano de Mosquera durante su primera administración, se detiene en la proliferación de sociabilidades modernas durante la década de 1850, esboza a grandes rasgos la continuidad del reformismo liberal en los primeros años de ésta y pasa de manera muy somera por las guerras civiles de 1851 y 1854. Este panorama, que tiene como problema central la incapacidad de las élites liberal y conservadora para construir un sentido de nación por encima de los conflictos partidistas, constituye el contexto en el que Loaiza recrea la vida de

Ancízar como un político adulto y conciente de su papel como portavoz del liberalismo y la modernidad, interesado en secularizar la sociedad, incentivar las comunicaciones y el comercio, ampliar el espectro de las sociabilidades, establecer mecanismos de intermediación política, dotar de ciencia al ejercicio del poder y publicitar, tanto dentro como fuera del país, el proyecto liberal modernizador. Las secciones dedicadas a sus labores como periodista e impresor, como miembro de la Comisión Corográfica y como diplomático, ilustran con detalle sus esfuerzos por materializar tales anhelos.

Las últimas secciones, por su parte, se vuelcan sobre la vida política y personal de un Ancízar maduro que desempeñó un papel activo en las transformaciones políticas y culturales que caracterizaron las dos primeras décadas del régimen federal. En esta parte de su libro, Loaiza ofrece un panorama por momentos minucioso de los principales acontecimientos, procesos y conflictos que marcaron el surgimiento, auge y posterior crisis de la hegemonía radical: la revolución de 1860, la Convención de Rionegro, las desavenencias entre los políticos civiles del liberalismo y el general Mosquera, las reformas políticas y educativas de la década de 1870, la guerra civil de 1876, el ascenso del liberalismo independiente y el advenimiento de la Regeneración. En este contexto, que tiene como problemas de fondo la irresoluble heterogeneidad de la élite liberal colombiana de la época y su incapacidad para consolidar una unidad

nacional por fuera de los intereses regionales, Loaiza reconstruye algunos aspectos de la vida privada de su personaje y sugiere como ésta pudo haber incidido en su faceta de hombre público, ilustra sus arduas e influyentes labores en la Convención constituyente de 1863, muestra cómo llegó a convertirse en el centro de las críticas conservadoras y clericales a las reformas educativas del radicalismo, y traza, a manera de cierre, un paralelo entre su vejez y la decadencia definitiva del régimen radical, en el que la muerte de Manuel Ancízar se representa como el punto de partida del derrumbamiento de los anhelos modernistas y secularizantes de las élites liberales, que sucumbirían algunos años después ante la llegada de la Regeneración.

Este recorrido por los diferentes capítulos del libro, sumado a la mirada sobre sus planteamientos y ejes centrales, permite apreciar la obra como un aporte relevante a los estudios sobre historia colombiana e hispanoamericana del siglo XIX, especialmente al tratamiento de problemas como la construcción de la nación, el surgimiento y la consolidación de las élites políticas, el establecimiento de una institucionalidad cultural y la expansión de formas modernas de sociabilidad, temas que si bien han sido recurrentes en la historiografía sobre la Colombia decimonónica –algunos en mayor medida que otros–, conservan todavía muchos vacíos. Desde esta perspectiva, el trabajo de Loaiza constituye un esfuerzo por aproximarse a dichos problemas desde vetas poco ex-

ploradas: una historia social de las élites por fuera de los márgenes de su tradicional problematización política, una historia de los intelectuales más allá de la reconstrucción apologética de biografías, una historia cultural que repare por igual en las prácticas de la élite y de los sectores populares, una historia política que supere la típica oposición entre clases dominantes y clases dominadas y fije su mirada en los espacios que median entre estos niveles, e incluso una historia de las formas de sociabilidad que franquee sus habituales límites temáticos y cronológicos, derivados de la clásica problematización del papel de las sociedades democráticas y de artesanos en la guerra civil de 1854.

Es ante este tipo de vetas que el libro de Loaiza adquiere gran parte de su valor como análisis histórico. Sus avances sobre estos campos son importantes y no pueden pasarse por alto, aunque tampoco deben tomarse por los únicos que se han adelantado en la materia. Tal cosa implicaría dejar de lado un significativo número de trabajos que desarrollan líneas análogas a las de Loaiza, entre los que se encuentran libros como *El nacionalismo cosmopolita*, un interesante aporte de Frederic Martínez al estudio de las élites colombianas del siglo XIX;³ *Las palabras de la guerra*, un juicioso estudio de María

Teresa Uribe y Liliana María López que repara, entre otras cosas, en la proliferación de formas asociativas durante la década de 1850;⁴ el sugerente libro *Sociabilidades católicas, de la tradición a la modernidad. Antioquia 1870–1930*, de Gloria Mercedes Arango de Restrepo;⁵ *Religión, cultura y sociedad en Colombia*, un minucioso trabajo de Patricia Londoño entre cuyos temas se encuentra la expansión de sociabilidades de corte conservador y católico durante la segunda mitad del período en cuestión;⁶ y por supuesto, las obras de Fernán González a las que ya se ha hecho referencia.

Los anteriores trabajos deben contemplarse aquí no sólo en virtud de sus valiosas contribuciones al estudio de temas similares a los tratados por Loaiza, sino también en función de los diferentes diálogos que puedan establecer con su libro. En este punto, vale la pena pensar en los posibles complementos, matices y correcciones que desde estos estudios pueden hacerse a su análisis, especialmente en tres aspectos que po-

³ Frederic Martínez, *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845–1900*, Bogotá, Banco de la República, 2001.

⁴ María T. Uribe y Liliana M. López, *Las palabras de la guerra; un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores, 2006.

⁵ Gloria Mercedes Arango de Restrepo, *Sociabilidades católicas, de la tradición y la modernidad. Antioquia, 1870–1930*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín / Dirección de Investigaciones (DIME), Medellín, La Carreta editores, 2004, 147 p.

⁶ Patricia Londoño, *Religión, cultura y sociedad en Colombia; Medellín y Antioquia 1850–1930*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

drían considerarse como sus más problemáticos: el tratamiento superficial de ciertos fenómenos claves para la comprensión del devenir político del siglo XIX colombiano, como sucede por ejemplo con las guerras civiles; la tendencia a restringir el panorama de las sociabilidades modernas a la masonería y a sus organizaciones subsidiarias, que subvalora la existencia simultánea de muchas otras formas modernas de asociación de carácter tanto liberal como conservador; y finalmente, la falta de referencias a las relaciones entre la élite liberal de la época y su contraparte conservadora, fundamentales a la hora de explicar la formación tanto de la una como de la otra.

Queda por considerar, al margen de los comentarios anteriores, un atributo que confiere al libro de Loaiza un valor adicional como producto historiográfico. Se trata de su carácter de estudio biográfico que intenta responder, con cierto éxito, al principal desafío impuesto por la historiografía contemporánea al gé-

nero de la biografía: reconstruir la vida de individuos en relación permanente y recíproca con un contexto de modo tal que se logre mostrar, parafraseando a Jacques Le Goff, cómo el individuo se construye a sí mismo y construye su época de la misma manera en que él es construido por ella. Ejemplo adecuado de una biografía contemporánea, la obra de Loaiza rescata para la colección de notables colombianos la figura de un político e intelectual cuya vida y obra parecían estar relegadas al olvido, al tiempo que ofrece a la historiografía colombiana un buen modelo metodológico y analítico para reformular aquellas biografías de las élites sobre las que se ha basado una parte importante de sus estudios sobre los intelectuales y la política del siglo XIX.

Adrián Alzate García
Estudiante de la XI cohorte de la
Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín